



José Luis Lanuza

△ ▽

△ ▽

El placer de disparatar

En las representaciones dramáticas del siglo XVI, en España, los cómicos solían recitar para deleite y algazara del público una retahíla de versos disparatados que comenzaba:

Anoche, de madrugada,
ya después de mediodía...

Eran los «disparates de Juan de la Encina». O, para ser más preciso, los «Disparates trobados» que Juan de la Encina había incluido en su *Cancionero*, impreso en Salamanca en 1496. Desde entonces Juan de la Encina quedó como fabuloso apadrinador de todo absurdo y de toda incongruencia. Aun de los que se pronunciaran involuntariamente. Y su nombre pasó a los refranes: -«Ésos son disparates de Juan de la Encina».

Pero el poeta había disparatado por su gusto, por puro deleite de disparatar. Porque así como existe la satisfacción de pensar con lógica, existe -no diremos si más intensa o más pura- una satisfacción -218- contraria, la de evadirse de los carriles de la lógica. No fue, por cierto, Juan de la Encina el único disparatador. Los cantores populares después

de enternecer a sus oyentes con historias de amor o de batallas, los alegraban con disparates. Los pliegos sueltos que recoge la literatura popular del siglo de oro de nuestra lengua reflejan esa afición a versificar sin sentido. *Disparates muy graciosos y de muchas suertes nuevamente hechos*, se titula, promisoriamente, uno de esos folletos. El tono de los versos es el siguiente:

Caminando un viernes santo
vigilia de Navidad
topé a Burgos la ciudad
haciendo muy grande llanto,
y van debaxo de un manto
Huete y miércoles corvillo
y vi un gigante y un grillo
haciendo gran penitencia
vi la vera de Plazencia
velando allí en Monserrate...

El disparate continúa con una arbitrariedad absoluta, gozosa, estimulado por la necesidad del consonante. La verborragia desenfrenada a ratos nos da la visión de un mundo absurdo, como hecho de nuevo. La realidad se disgrega y se reconstruye. Y vuelta del caos surge una nueva creación, casi poética:

-219-

Y vi cenar por su escote
un gallo en un bodegón
y topé una procesión
de infinitos renacuajos
vi quejarse los atajos
porque a priesa los pisaban...

A ratos el anacronismo refuerza el disparate:

Vi al valiente Scipión
almorzar él y su espada
la lengua que estaba asada
del prudente Cicerón
en la venta de Tablada...⁵

Muchos autores, persiguiendo eficacia cómica, cultivaron el anacronismo. El correctísimo don Tomás de Iriarte, autor de las *Fábulas Literarias*, en plena sensatez del siglo XVIII, se divirtió ensartando anacronismos en sus bien peinadas quintillas:

En la *Historia* de Mariana,

refiere Virgilio un cuento
de una ninfa de Diana
que, por ser mala cristiana,
fue metida en un convento.

Salió Scipión Africano

a impugnar esta opinión,
publicando en castellano
una gran disertación
sobre el Caballo Troyano.

-220-

Abunda la literatura castellana de España y América en semejantes versadas anacrónicas. Pero disparatar al modo de don Tomás de Iriarte es disparatar a rienda corta. Muestra de disparate desenfrenado es una glosa de Juan Rafael Allende, poeta chileno del siglo pasado, que cultivó el estilo popular:

Rezando el rosario estaba

con Napoleón un caníbal
cuando llegó don Aníbal
a caballo en una pava.
A ese mismo tiempo entraba
la torre de los bomberos
que principió a hacer pucheros
porque vio al doctor Caballo
tomarle el pulso a un zapallo
y estaba frito y en cueros⁶.

Así como unos se divierten disparatando con la historia, otros prefieren disparatar con la geografía. Aquéllos barajan tiempos; éstos, lugares. Los pliegos sueltos conservan los versos del aquel pobre Gaspar de la Cintera, «privado de la vista», que para ilusionar su pobreza canta el inventario de sus bienes supuestos, desparramados por todo el mundo:

-221-

Una gorguera polida
tengo allí dentro en Valencia
y en la ciudad de Plasencia
una saya guarnecida
y una camisa tejida
tengo en Córdoba la llana
y apretador en Triana
y el peine dentro en Turquía...

Esta alegre manera de tener y no tener, tan propia de poetas, da tema a muchos versos. La volvemos a encontrar en *un aparato de guerra que hizo Montoro*, como reza el pliego suelto, que dice:

Caballo tengo en Granada
y en Egypto está la silla...

Y en el romance que llaman «Yo gruñir, él regañar», incluido en la colección de Solalinde:

Me mandó hacer unas sopas,
lo necesario faltó:
el agua estaba en Jarama,
y el puchero en Alcorcón,
el aceite en el Alcarria,
y los ajos en Chinchón...⁷

La locuacidad desatada suele prorrumpir en balbuceos sin sentido, fruiciones verbales que se manifiestan en los estribillos silábicos de algunas canciones populares, en las palabras en libertad de algunas poesías modernas o en las «jitanjáforas», -222- cuya etimología intentó explicar Alfonso Reyes a su Ángel de la Guarda⁸. Pero esos silabeos no siempre comportan disparates propiamente dichos. El clásico placer de disparatar es más voluntario, aunque a veces se presente como pudoroso de su libertad y se busque pretextos que lo reconcilien con la lógica y aun que lo vuelvan moralizante.

Así, cuando se dedica a pintar el mundo al revés: -¡Todo anda cabeza abajo en este tiempo! -proclama, prudente, el disparatador. (Es claro que este tiempo es cualquier tiempo, es el tiempo de cada poeta...) Pero una vez afirmada aquella premisa de que todo está trastocado ya se justifica la gozosa descripción de un mundo absurdo. He aquí unos versos recogidos por Juan Alfonso Carrizo en tierras de Catamarca:

¿Quién ha visto a lo moderno
pintar el mundo al revés,
el zorro correr al perro
y el ladrón por tras del juez?
Las patas van para arriba,
con la boca va pisando,
y el fuego al agua apagando
el ciego enseñando letras,
los bueyes en la carreta
y el picador va tirando⁹.

-223-

Resulta curioso oír en una poesía de Rubén Darío -«Agencia», en *El canto errante*- el eco moderno y culto de las viejas y populares descripciones del mundo al revés:

¿Qué hay de nuevo?... Tiembla la tierra.
En la Haya incuba la guerra...
... China se corta la coleta.
Henry de Rothschild es poeta...

Pero pronto se cae en la cuenta de que estas aproximaciones son explicables y que al dirigirnos a cualquiera de los cuatro puntos cardinales del idioma -a lo culto, lo popular, lo moderno o lo antiguo- encontraremos en alguna parte esa tendencia a disfrutar el placer de lo absurdo, lo grotesco, lo incongruente. Ya Jorge Manrique, el mismo solemne y medioeval Jorge Manrique de las coplas por la muerte de su padre, disparató gustoso en *Un convite que hizo a su madrastra*, doña Elvira de Castañeda, en el que:

La fiesta ya fenecida
entrará luego una dueña
con una hacha encendida
de aquellas de partir leña,
con dos velas sin pabilos,
echas de cera de orejas;
las pestañas y las cejas
bien cocidas con dos hilos.

-224-

Jorge Manrique no se llevaba bien con su madrastra. Por eso le aderezó, en coplas, una fiesta disparatada. A veces, la alegría de disparatar se mezcla con sentimientos menos puros. Se dispara para ofender. También suele disfrazarse de disparate el odio político. Dos ejemplos nos bastarán, para no alargar demasiado esta casi antología del disparate. Ahí va una copla de los gaceteros federales de 1839:

Tocando la lira Orfeo
del otro lado del Yi
entonaba un yaraví
Rivadavia el filisteo...¹⁰

Y esta otra, cantada del lado unitario, en contra del fraile Aldao:

Montado en un elefante
iba un fraile renegón,
por el salchichín,
por el salchichón.
¡Y pegó una costalada!
Se le reventó el cordón.
Diga usted que sí
si él dice que no¹¹.

-225-

Pero esto ya no es disparate limpio, sino contaminado de encono. Un disparate que en el pecado lleva la penitencia y no depara al disparatador todo el alegre placer de disparatar.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

